

SOBRE ALGUNOS ASPECTOS DE LA HISTORIOGRAFÍA COLONIAL DE LA INDIA¹

RANAJIT GUHA²

La historiografía del nacionalismo indio ha estado dominada durante mucho tiempo por el elitismo: tanto por el elitismo colonialista como por el elitismo burgués-nacionalista.³ Ambos se originaron como producto ideológico del gobierno británico en la India, pero han sobrevivido a la transferencia del poder y han sido asimilados a formas de discurso neocolonialistas y neonacionalistas en Gran Bretaña y en la India respectivamente. La historiografía elitista de tipo colonialista o neo-colonialista cuenta entre sus principales protagonistas a escritores e instituciones británicas, pero tiene imitadores en la India y también en otros países. La historiografía elitista de tipo nacionalista o neonacionalista es ante todo una práctica india, aunque no carece de imitadores en las filas de los historiadores liberales de Gran Bretaña y de otras partes.

Ambas variedades de elitismo comparten un prejuicio: que la construcción de la nación india y el desarrollo de la conciencia que moldeó este proceso —el nacionalismo—, fueron logros exclusiva o predominantemente de elite. En las historiografías colonialista y neocolonialista estos logros son atribuidos a funcionarios y administradores del gobierno colonial británico, a sus políticas, instituciones y cultura; en los estudios nacionalistas y neonacionalistas, a personalidades, instituciones, actividades e ideas de la elite india.

-
- 1 Traducción de Ana Rebeca Prada del artículo: “On some Aspects of the Historiography of Colonial India”. En: *Subaltern Studies I. Writings on South Asian History and Society*, Ranajit Guha, ed., Delhi, Oxford University Press, 1982, 1-8. Lo hemos tomado de Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (comps.), *Debates postcoloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*, La Paz, Coordinadora de Historia, Sepsis y Taller de Historia Oral, 1997, 25-32. Agradecemos a Silvia Rivera Cusicanqui por gestionar los permisos correspondientes. (N. de E.)
 - 2 El autor agradece a todos los autores incluidos en este volumen, [Shahid Amin, David Arnold Partha Chatterjee, David Hardiman y Gyan Pandey] así como a Gautam Bhadra, Dipesh Chakrabarty y Raghavendra Chattopadhyay por sus comentarios a una versión anterior de este texto.
 - 3 Remitimos al lector a la nota impresa al final de este artículo para una definición de los términos “elite”, “pueblo”, “subalterno”, etc., tal como se utilizan en estos párrafos.

La primera de estas dos historiografías define al nacionalismo indio fundamentalmente como una función de estímulo y respuesta. Basada en una aproximación estrechamente conductista, representa al nacionalismo como la suma de actividades e ideas con las que la elite india respondió a las instituciones, oportunidades, recursos, etc., generados por el colonialismo. Existen varias versiones de esta historiografía, pero la modalidad central común a todas ellas es la descripción del nacionalismo indio como una suerte de “proceso de aprendizaje” mediante el cual la elite nativa se habría involucrado en política al intentar negociar con el laberinto de instituciones y el correspondiente complejo cultural introducido por las autoridades coloniales para gobernar el país. Lo que hizo que la elite atravesara este proceso no fue, según esta historiografía, un elevado idealismo dirigido al bien general de la nación, sino, simplemente, la expectativa de recompensas bajo la forma de una porción de la riqueza, el poder y el prestigio creados por el gobierno colonial y asociados a él. Se nos dice entonces que el estímulo de tales recompensas —con todo el juego concomitante de colaboración y competencia entre el poder gobernante y la elite nativa, así como entre varios elementos de esta última—, fue lo que constituyó al nacionalismo indio.

La orientación general del otro tipo de historiografía elitista consiste en representar al nacionalismo indio como una empresa fundamentalmente idealista en la que la elite indígena habría guiado al pueblo de la subyugación a la libertad. Las diversas versiones de esta historiografía difieren en el grado de énfasis que otorgan al papel que jugaron los líderes individuales o las organizaciones e instituciones de elite, como fuerza principal o motivadora de esta empresa. Sin embargo, la modalidad común a todas ellas es la defensa del nacionalismo indio como una expresión fenoménica de la bondad de la elite nativa, magnificando —contra toda evidencia— el aspecto antagónico de su relación con el régimen colonial en relación a su aspecto colaboracionista, su papel como promotores de la causa del pueblo en relación al de explotadores y opresores, su altruismo y autoabnegación en relación a la arrebatina por el escaso poder y privilegio que les fuera concedido por los gobernantes para asegurarse su apoyo al Raj [Soberanía colonial británica en la India]. De esta manera, se escribe la historia del nacionalismo indio como una suerte de biografía espiritual de la elite india.

La historiografía elitista no carece, por supuesto, de utilidad. Nos ayuda a conocer más sobre temas como la estructura del Estado colonial, el funcionamiento y manejo de sus diversos órganos en ciertas circunstancias históricas, la naturaleza de las alianzas de clases que lo sustentaban, algunos aspectos de la ideología de la elite como ideología dominante del periodo, la contradicción entre las dos elites y la complejidad de sus oposiciones y coaliciones mutuas, así como el papel de algunas

organizaciones de elite y de las personalidades británicas e indias más importantes. Nos ayuda, sobre todo, a entender el carácter ideológico de la historiografía misma.

Lo que no puede hacer, sin embargo, una escritura histórica de este tipo, es explicarnos el nacionalismo indio, ya que no reconoce, y menos interpreta, la contribución del pueblo *por sí mismo*, es decir, *independientemente de la elite*, a la formación y desarrollo de este nacionalismo. En lo que concierne a este aspecto particular, la pobreza de esta historiografía se demuestra, más allá de toda duda, por su incapacidad de comprender y valorar la articulación masiva de este nacionalismo, excepto negativamente, como un problema de ley y orden, o bien —si acaso— positivamente, ya sea como respuesta al carisma de algún líder de elite, o en los términos actualmente más de moda, de una movilización vertical sujeta a la manipulación faccionalista. La multitudinaria participación del pueblo indio, a veces en número de cientos de miles e incluso millones, en actividades e ideas nacionalistas, se representa entonces como una desviación frente al proceso político supuestamente “real”, vale decir, la laboriosa marcha de las ruedas del aparato del Estado y de las instituciones de elite engranadas a él. En otros casos, esta participación es simplemente atribuida, como un acto de apropiación ideológica, a la influencia e iniciativa de las elites propiamente dichas. La bancarrota de esta historiografía queda claramente expuesta cuando es emplazada a explicar fenómenos como el levantamiento anti-Rowlatt de 1919⁴ y el movimiento Quit India [Abandonen la India] de 1942,⁵ para mencionar solo dos de las numerosas instancias de iniciativa popular que se afirmaron en el curso de las campañas nacionalistas en desafío al control de la elite o en ausencia de él. ¿Cómo puede ayudarnos una historiografía tan unilateral y de miras tan estrechas a comprender los desplazamientos profundos que, muy por debajo de la superficie de la política de elite, hicieron posible Chauri-Chaura⁶ o las manifestaciones militantes de solidaridad con los amotinados de RIN?

Esta insuficiencia de la historiografía elitista es consecuencia directa de la visión estrecha y parcial de la política en la que se halla comprometida en virtud de

4 El primer movimiento de masas a nivel de toda la India lanzado por Gandhi para protestar en contra de un conjunto de leyes que, bajo el pretexto de frenar y reprimir actividades terroristas, cercenó las libertades civiles de la población india. En muchos lugares, el movimiento fue más allá de los límites establecidos por Gandhi. (N. del E.)

5 Movimiento iniciado por Gandhi y su partido, el Congreso Nacional Indio, para liberarse de los británicos, bajo la consigna “Abandonen la India” [*Quit India*], que condujo a una considerable violencia. (N. del E.)

6 Nombre de un pequeño pueblo-mercado en Uttar Pradesh, en la parte septentrional de la India conocido porque una multitud de campesinos, alegando ser seguidores de Gandhi, se enfrentaron con las fuerzas del orden el 4 de febrero de 1922, quemando la estación policial y matando a 23 policías. Ver al respecto el artículo de Shahid Amin, en este volumen. (N. del E.)

su perspectiva de clase. En todos los estudios de este tipo se presupone o declara que los parámetros de la política india son exclusiva o principalmente los de las instituciones introducidas por los británicos para el gobierno del país y el correspondiente conjunto de leyes, políticas, actitudes y otros elementos de la superestructura. Inevitablemente, entonces, una historiografía paralizada por tal definición no puede sino equiparar la política con el conjunto de actividades e ideas de quienes estaban directamente involucrados en el manejo de estas instituciones, es decir, los gobernantes coloniales y sus *élèves*⁷ —los grupos dominantes de la sociedad nativa—, a tal punto que se pensaba que sus transacciones mutuas constituían todo el contenido del nacionalismo indio y que la esfera de influencia de este último era coincidente con la esfera de lo político.

Lo que queda claramente fuera de esta historiografía ahistórica es *la política del pueblo*. Porque, paralelamente a la esfera de influencia de la política de elite, existió a lo largo del periodo colonial otra esfera de la política india, en la que los actores principales no eran los grupos dominantes de la sociedad indígena ni las autoridades coloniales, sino las clases y grupos subalternos que constituían la masa de la población trabajadora y el estrato intermedio de la ciudad y el campo, en suma, el pueblo. Esta era una esfera autónoma, dado que no se originaba en la política de elite, ni su existencia dependía de ella. Solo era tradicional en la medida en que sus raíces podían rastrearse a los tiempos precoloniales, pero de ningún modo era arcaica en el sentido de ser anticuada. Lejos de ser destruida o virtualmente desactivada, como sucedió con la política de elite tradicional por la intrusión del colonialismo, continuó funcionando vigorosamente, a pesar de este último, ajustándose a las condiciones imperantes bajo la soberanía británica y desarrollando, en muchos sentidos, características enteramente nuevas, tanto formales como de contenido. Este dominio autónomo, tan moderno como la política indígena de elite, se distinguía por su relativa mayor profundidad, tanto temporal como de estructura.

Uno de los rasgos más importantes de esta política estaba relacionado, precisamente, con aquellos aspectos de la movilización tan poco explicados por la historiografía elitista. En el dominio de la política de elite, la movilización se lograba verticalmente, mientras que en el de la política del subalterno⁸ se la lograba horizontalmente. La instrumentalización de la primera se caracterizaba por una dependencia relativamente mayor respecto a las adaptaciones coloniales de las ins-

7 En francés en el original. Alumnos, seguidores, acólitos o discípulos. (N. del E.)

8 Aquí se ha conservado el término “subalterno”, en la medida en que se opone, en singular, al término “elite”. (N. del E.)

tituciones parlamentarias británicas y a los residuos de las instituciones políticas semif feudales del periodo precolonial; la de la segunda dependía más bien de la organización tradicional del parentesco y la territorialidad o de las asociaciones de clase, según el nivel de conciencia de la gente implicada. La movilización de elite tendía a ser de orientación relativamente más legalista y constitucionalista; la movilización de los grupos y clases subalternos relativamente más violenta. La primera era, por regla general, más cautelosa y controlada; la segunda más espontánea. La movilización popular en el periodo colonial halló su más amplia realización en los levantamientos campesinos. Sin embargo, también en las áreas urbanas, en muchas instancias históricas en las que participaron masas de trabajadores y miembros de la pequeña burguesía, la figura de la movilización derivaba directamente del paradigma de la insurrección campesina.

En conjunto, la ideología operativa en esta esfera de influencia reflejaba la diversidad de su composición social, con predominio de la perspectiva de sus elementos dirigentes sobre la de los demás, en cualquier época y en cualquier evento en particular. Sin embargo, a pesar de tal diversidad, uno de sus rasgos invariables era la noción de resistencia a la dominación de elite. Esto es consecuencia de la subalternidad común a todos los integrantes de esta esfera, lo que la distingue nítidamente, como tal, de la política de elite. Este elemento ideológico no era, por supuesto, uniforme en calidad o densidad en todas las instancias. En el mejor de los casos aumentaba la especificidad, focalización y tensión de la acción política subalterna. Sin embargo, hubo ocasiones en que su énfasis en intereses sectoriales desequilibró los movimientos populares, de modo tal que surgieron desviaciones economicistas y rupturas sectarias, socavando las alianzas horizontales.

Otro conjunto de rasgos distintivos de esta política derivaba de las condiciones de explotación a las que estaban sujetas, en grado variable, las clases subalternas, así como de su relación con el trabajo productivo de la mayoría de sus protagonistas, es decir, trabajadores y campesinos, y con el trabajo manual e intelectual de los pobres urbanos no industriales y de los estratos bajos de la pequeña burguesía, respectivamente. La experiencia de la explotación y del trabajo dotó a esta política de muchos idiomas, normas y valores peculiares, que la situaron en una categoría aparte de la política de elite.

Por supuesto, estos y otros rasgos distintivos de la política del pueblo (la lista no es de modo alguno exhaustiva) no siempre aparecían en el estado puro al que se alude en los tres últimos párrafos. El impacto de las contradicciones existentes los modificaba en el curso de su actualización en la historia. Sin embargo, aun con todas las modificaciones, estos rasgos contribuyen a demarcar la esfera de la política

del subalterno respecto a la de la política de elite. La coexistencia de estas dos esferas o vertientes —que puede ser percibida intuitivamente, pero también comprobada mediante demostración—, era el índice de una verdad histórica importante: *el fracaso de la burguesía india en su intento de hablar a nombre de la nación*. Hubo vastas áreas de la vida y la conciencia del pueblo que nunca fueron integradas a su hegemonía. La *dicotomía estructural* que surgió de ello es un dato de la historia del periodo colonial de la India que nadie que emprenda su interpretación puede ignorar sin caer en un error.

Tal dicotomía no significó, sin embargo, que estos dos dominios estuvieran herméticamente cerrados el uno para el otro, ni que no hubiera contacto alguno entre ellos. Por el contrario, había un alto grado de superposición que surgía, precisamente, del esfuerzo realizado de vez en cuando por los elementos más avanzados de la elite indígena, especialmente la burguesía, por integrarlos. Cuando tal esfuerzo estuvo vinculado a luchas libradas consistentemente y provistas de objetivos antiimperialistas más o menos claros, produjo resultados espléndidos. Pero en otras ocasiones, cuando se vinculó a movimientos que no tenían objetivos antiimperialistas totalmente firmes, o que los habían perdido en el curso de su desarrollo —desviándolos hacia compromisos legalistas, constitucionalistas u otros con el gobierno colonial—, produjo retiradas espectaculares y graves reversiones bajo la forma de luchas sectarias. En cualquier caso, el trenzado de las dos vertientes, la política de elite y la del subalterno, condujo invariablemente a situaciones explosivas que indican que las masas convocadas para luchar por los objetivos de la elite, se las arreglaban para escapar a su control y estampar el sello característico de la política popular en las campañas iniciadas por las clases altas.

Sin embargo, las iniciativas originadas en la esfera de influencia de la política del subalterno no fueron por su parte lo suficientemente poderosas como para impulsar al movimiento nacionalista a convertirse en una lucha de liberación nacional hecha y derecha. La clase trabajadora no estaba aún suficientemente madura en cuanto a las condiciones objetivas de su ser social y su conciencia de clase-para-sí, como tampoco estaba todavía firmemente aliada al campesinado. Como resultado, no podía hacer nada para asumir la dirección y completar la misión que la burguesía no había logrado realizar. El desenlace de todo ello fue que los numerosos levantamientos campesinos del periodo, algunos de ellos de alcance masivo y ricos en conciencia anticolonialista, esperaron en vano por un liderazgo que los alzara por encima del localismo y los generalizara en una campaña antiimperialista a escala nacional. Eventualmente, gran parte de la lucha sectorial de trabajadores, campesinos y pequeña burguesía urbana se entrampó en el economicismo o, en caso de estar politizada, permaneció, por falta de un liderazgo revolucionario, demasiado

fragmentada como para tomar efectivamente la forma de algo parecido a un movimiento de liberación nacional.

La problemática central de la historiografía de la India colonial es, precisamente, el estudio de este *fracaso histórico de la nación para constituirse como tal*. Este fracaso se debe a la incapacidad de la burguesía, tanto como de la clase trabajadora, por conducirla a una victoria decisiva sobre el colonialismo y a una revolución democrático-burguesa, sea del tipo decimonónico clásico bajo hegemonía de la burguesía, sea de un tipo más moderno bajo la hegemonía de trabajadores y campesinos, es decir, una democracia de “nuevo tipo”. No existe una manera determinada de investigar esta problemática. “Con que broten muchas flores, no importa la mala hierba”. Pensamos, realmente, que en la práctica de la historiografía, todavía los elitistas tienen algo que enseñarnos, así sea por medio de ejemplos negativos. Pero también estamos convencidos de que la historiografía elitista debe ser resueltamente combatida mediante un discurso alternativo basado tanto en el rechazo al monismo espurio y ahistórico característico de su visión del nacionalismo indio, como en el reconocimiento de la coexistencia e interacción entre ambos dominios políticos, el de la elite y el del subalterno.

Estamos seguros de no estar solos en esta preocupación por el estado actual de la historiografía política de la India colonial, ni tampoco en la búsqueda de alternativas. El elitismo de la historiografía india moderna es un hecho opresivo que ofende a muchos estudiantes, profesores y escritores, tanto como a nosotros mismos. Puede que no todos suscriban lo que hemos señalado sobre el tema, de la misma manera en que lo hicimos. Sin embargo, no cabe duda que muchos otros puntos de vista y prácticas historiográficas podrán converger y aproximarse a nuestra posición. El propósito de hacer conocer nuestra perspectiva es el de promover tal convergencia. No pretendemos sino poner a prueba e indicar una orientación, esperando demostrar en la práctica, que esto es factible. Esperamos aprender mucho de cualquier debate que pueda surgir, no solo de la coincidencia con aquellos que piensan como nosotros, sino también de la crítica de los que no lo hacen.

Una nota sobre el uso dado a los términos “elite”, “pueblo”, “subalterno”, etc.

En esta presentación, se ha utilizado el término “elite” con el significado de grupos *dominantes*, tanto extranjeros como indígenas. Los grupos *dominantes extranjeros* incluían a todas las personas de origen no indio, es decir, principalmente funcionarios británicos del Estado colonial, tanto como industriales, comerciantes, financistas, dueños de plantaciones, terratenientes y misioneros extranjeros.

Los grupos *dominantes indígenas* incluían a clases e intereses que operaban en dos niveles. En el *nivel de la India en su conjunto*, se encontraba a los mayores magnates feudales, a los representantes más importantes de la burguesía industrial y mercantil y a los nativos reclutados para los niveles más altos de la burocracia.

En los *niveles regional y local*, estaban representados por aquellas clases y otros elementos que eran ya sea miembros de los grupos a nivel de la India en su conjunto incluidos en la categoría anterior, ya sea aquellos que, aun perteneciendo a estratos sociales jerárquicamente inferiores, *actuaban a partir de los intereses de dichos grupos y no conforme a los intereses verdaderamente correspondientes a su propio ser social*.

Tomada en su conjunto y en términos abstractos, esta última categoría de la elite era *heterogénea* en su composición y, gracias al carácter desigual de los desarrollos económico y social a nivel regional, *era distinta en cada área*. La clase o elemento dominante en un área, a partir de la definición que se dio anteriormente, podía estar entre los dominados en otra. Esto podía crear muchas ambigüedades y contradicciones —y de hecho las creó— en actitudes y alianzas, especialmente entre los estratos más bajos de la aristocracia rural, los terratenientes empobrecidos, los campesinos ricos y medios, los cuales pertenecían, *idealmente hablando*, a la categoría de “pueblo” o de “clases subalternas”, tal como se la define a continuación. Es tarea de la investigación explorar, identificar y medir la naturaleza *específica* y el grado de *desviación* de estos elementos respecto al ideal, así como situarlos históricamente.

Los términos “pueblo” y “clases subalternas” han sido utilizados como sinónimos a lo largo de esta nota. Los grupos y elementos sociales incluidos en esta categoría representan *la diferencia demográfica entre la población india total y todos aquellos que hemos descrito como “elite”*. Algunas de estas clases y grupos, como ser la aristocracia rural más baja, los hacendados empobrecidos, los campesinos ricos y los campesinos medios, que figurarían “naturalmente” como parte del “pueblo” o de los “subalternos”, podían, bajo ciertas circunstancias, actuar para la “elite”, como se la definió anteriormente, y ser así clasificados a partir de esta en algunas situaciones locales y regionales, ambigüedad que le toca aclarar al historiador a partir de una lectura detallada y sensata de la evidencia.